



XXV Ultreya Nacional México

Querétaro, 23-25 noviembre 2018

ESPIRITUALIDAD DE LA COMUNIÓN EN EL MOVIMIENTO DE CURSILLOS DE CRISTIANDAD

+ José Ángel Saiz Meneses

Obispo de Terrassa

Consiliario del MCC en España

Asesore Eclesiástico Grupo Europeo de Cursosillos de Cristiandad. GECC.

Introducción

Un saludo cordial a todos los hermanos y hermanas cursillistas que participáis en esta XXV Ultreya Nacional de México. Mi nombre es José Ángel Saiz Meneses, cursillista desde los 17 años. Actualmente soy obispo de Terrassa (España) y Consiliario del Movimiento de Cursosillos de Cristiandad de España, así como del Grupo Europeo de Cursosillos de Cristiandad. Agradezco a Monseñor Faustino Armendáriz, obispo de esta diócesis de Querétaro y Asistente Eclesiástico del Organismo Mundial de Cursosillos de Cristiandad la amable invitación a participar en los actos de esta Ultreya Nacional que llega a su vigésimo quinta celebración. Saludo al Sr. Cardenal Arzobispo de Guadalajara, al Sr. Nuncio Apostólico en México, al Sr. Obispo Auxiliar de Morelia; a los responsables diocesanos, nacionales e internacionales; a todos los cursillistas venidos de las distintas diócesis de México y a los hermanos procedentes de otros países. A todos los presentes: ¡De Colores!

La ponencia que se me ha encargado versa sobre la «Espiritualidad de la Comunión en el Movimiento de Cursosillos de Cristiandad». La desarrollaremos en tres partes. En primer lugar, recordaremos esquemáticamente los fundamentos doctrinales de la Iglesia como comunión y de la espiritualidad de la comunión en la Sagrada Escritura y la historia de la teología, hasta el Concilio Vaticano II. En la segunda parte contemplaremos la espiritualidad de la comunión como fruto de la eclesiología de comunión, y como san Juan Pablo II la explicita en la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*. Por último, reflexionaremos sobre cómo llevar a la vida la espiritualidad de la comunión en el Movimiento de Cursosillos de Cristiandad.

1. La Iglesia es comunión

Nuestro Señor Jesucristo, después de completar con su muerte y resurrección los misterios de nuestra salvación, fundó su Iglesia y envió a los Apóstoles por todo el mundo: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y

del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado» (Mt 28,19-20; cf. Mc 16,15-16; Lc 24,46-49; Jn 20,21). La misión de la Iglesia continúa y desarrolla a lo largo de la historia la misión misma de Cristo, que quiere conducir a todos los hombres y mujeres a la fe, a la libertad, a la paz, al amor, a la salvación, a vivir plenamente como hijos de Dios¹.

El día de Pentecostés, después del anuncio de Pedro, se constituye la primera comunidad. A partir de Pentecostés, todas las comunidades son dinamizadas por el Espíritu Santo, que crea la unidad y hace de todos los miembros un solo corazón y una sola alma. La comunidad de Jerusalén vive unida: comparte en primer lugar la fe, es constante en la enseñanza de los Apóstoles, persevera en la oración y en la celebración. Los discípulos son constantes en la fracción del pan, hacen de la Eucaristía el centro de la vida personal y comunitaria y viven la fraternidad de tal modo, que no hay pobres entre ellos (cf. Hch 2,42).

La Iglesia es misterio de comunión², de la unión personal de cada ser humano con la Santísima Trinidad y con las demás personas. Una unión que se inicia por la fe, que se vive en la Iglesia peregrina y que se orienta a la plenitud en la Iglesia celeste. Comunión con Dios, por Cristo, en el Espíritu Santo, y también comunión de los fieles entre sí, participando de la vida divina y formando la familia de los hijos de Dios. Esta comunión es un don de Dios y significa una nueva relación entre el ser humano y Dios, que se extiende también a una nueva relación de los hombres entre sí.

El Bautismo es la puerta, la incorporación a la Iglesia, y por tanto, a la comunión eclesial. La Eucaristía es la raíz, el centro, la fuente generadora de la comunión eclesial entre los fieles porque une a cada uno de ellos con el mismo Cristo. La Iglesia de Cristo es la Iglesia universal. Es la congregación universal de los fieles que preside el Obispo de Roma, y también es esa congregación universal agrupada en Iglesias locales que a su vez son presididas por los obispos, en comunión con el Obispo de Roma. En las Iglesias locales se hace presente la Iglesia universal con todos sus elementos esenciales y cada una de ellas es “una porción del Pueblo de Dios que se confía al Obispo para ser apacentada con la cooperación de su presbiterio³”.

En la vida de la Iglesia la comunión se vive, se construye, se pide a Dios. Es una tarea de todo el Pueblo de Dios. El gran desafío al iniciar el tercer milenio es hacer de la Iglesia «la casa y la escuela de la comunión»⁴, según nos enseñó san Juan Pablo II. Este es el gran reto si de verdad queremos responder al designio de Dios y a las esperanzas del mundo. Para ello es condición indispensable promover y vivir una espiritualidad de la comunión, y proponerla como principio educativo en todos los ámbitos formativos de la vida eclesial.

Los fundamentos doctrinales de la Iglesia como comunión y de la eclesiología de comunión parten de la Sagrada Escritura y atraviesan la historia de la Iglesia hasta el Concilio Vaticano II. La eclesiología de comunión es una característica del Concilio Vaticano II. La idea de comunión predominó en el pensamiento eclesiológico de la Iglesia en su primer milenio. Por

¹ Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad Gentes*, n. 5.

² Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como Comunión*, Roma 1992.

³ Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Christus Dominus*, n. 11.

⁴ SAN JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, 43.

lo tanto, al centrar de nuevo la teología del misterio de la Iglesia en la noción de comunión, el Concilio ha reavivado un pensamiento perenne en la tradición cristiana.

2. De la eclesiología de comunión a la espiritualidad de comunión

La formulación de la Espiritualidad de Comunión

La formulación de la espiritualidad de comunión es posterior al Concilio Vaticano II. Según algunos teólogos, el tránsito que va de la eclesiología de comunión a la espiritualidad de comunión madura en el ambiente de la teología espiritual, que hizo la recepción del magisterio conciliar y acogió la inspiración de movimientos eclesiales que iban creciendo en aquella época, y que acentuaban la vida cristiana comunitaria como criterio objetivo visible de la vida de comunión, elemento invisible.⁵

San Juan Pablo II recogió el legado del Concilio y del postconcilio, en el tramo final del siglo XX, y en el inicio del tercer milenio propone la espiritualidad de comunión como principio educativo y como alma de la comunidad eclesial para llevar a cabo su misión pastoral en el nuevo milenio.

La Espiritualidad de Comunión en *Novo Millennio Ineunte*

El día 6 de enero del año 2001, san Juan Pablo II hizo pública la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*. Su objetivo era ayudar a hacer fructificar el tesoro de gracia recibida en el Jubileo del año 2000, traduciéndola en líneas de acción concretas, para afrontar los desafíos de la Iglesia tras el Jubileo y asumir con nuevo ímpetu su misión evangelizadora⁶.

El mensaje y el programa de la espiritualidad de comunión se encuentra al principio del capítulo IV, que lleva por título: «Testigos del amor». Comienza recordando la coherencia que debe darse entre la contemplación auténtica del rostro de Cristo y el mandamiento nuevo del amor, que debe inspirar toda la programación pastoral. Después enlaza el mandamiento del amor con la realidad de la comunión, que proviene de la Santísima Trinidad, encarna y manifiesta el misterio de la Iglesia y se manifiesta como sacramento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano. Por último, el Papa recuerda que el corazón de la Iglesia es la caridad.

En el n° 43 recoge los contenidos y orientaciones de la espiritualidad de comunión. En primer lugar, nos propone un desafío: «Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión». Comenzamos un nuevo milenio, y si queremos responder con fidelidad a la voluntad de Dios, a las esperanzas del mundo, a lo que los hombres y mujeres de nuestro tiempo anhelan y necesitan, hemos de hacer de la Iglesia una casa y escuela de comunión.

⁵ Cf. JESÚS CASTELLANO, «“Amaos los unos a los otros como yo os he amado”. Espiritualidad de comunión (NMI 43)», en *PATH 4* (2005) 91-93.

⁶ SAN JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*, 1.

En segundo lugar, nos plantea un principio educativo. No hay que precipitarse en la búsqueda de respuestas operativas a los retos programando iniciativas concretas. Lo primero y principal es «promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades»⁷. Se trata de promover y educar en un nuevo estilo de vida, propiciar una nueva mentalidad en todos los ámbitos formativos de la Iglesia: familia, escuela, parroquia, seminarios, noviciados, formación permanente, etc.

En tercer lugar, llegamos al corazón de la cuestión, y es aquí donde nos señala cuatro concreciones de lo que es y significa la espiritualidad de la comunión:

«Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado.

Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como «uno que me pertenece», para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad.

Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un «don para mí», además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente.

En fin, espiritualidad de la comunión es saber «dar espacio» al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias»⁸.

Por último, nos alerta sobre la importancia de este camino: «No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento»⁹. Por eso hemos de ser muy conscientes de que esta nueva expresión de la espiritualidad eclesial un proceso, un éxodo, un itinerario espiritual, un dinamismo de crecimiento, no exento de dificultades y purificaciones.

Ámbitos e instrumentos de comunión

El gran desafío en el nuevo milenio es hacer de la Iglesia la casa y escuela de comunión. Vamos a describir ahora los ámbitos, instrumentos y espacios de comunión, que están reseñados NMI 44-45.

Afirma el Papa Wojtyla que hemos de valorar y desarrollar aquellos ámbitos e instrumentos que aseguran y garantizan la comunión. Servicios específicos de la comunión como el ministerio petrino y, en estrecha relación con él, la colegialidad episcopal. También

⁷ SAN JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*, 43.

⁸ *Ibidem*.

⁹ SAN JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*, 43.

se refiere a la Curia romana, la organización de los Sínodos y el funcionamiento de las Conferencias Episcopales. Según su opinión, queda mucho recorrido en el desarrollo de las potencialidades de estos instrumentos de la comunión, tan necesarios para responder con prontitud y eficacia a los problemas que la Iglesia tiene que afrontar en el tiempo presente¹⁰.

Los espacios de comunión han de ser cultivados y ampliados a todos los niveles en el entramado de la vida de cada Iglesia. «La comunión ha de ser patente en las relaciones entre Obispos, presbíteros y diáconos, entre Pastores y todo el Pueblo de Dios, entre clero y religiosos, entre asociaciones y movimientos eclesiales. Para ello se deben valorar cada vez más los organismos de participación previstos por el Derecho canónico, como los Consejos presbiterales y pastorales»¹¹.

3. La Espiritualidad de la Comunión en el MCC

La vivencia de la espiritualidad de comunión en el MCC se realiza a través de una triple mirada: a la Trinidad Santísima, fuente y origen; a la Iglesia, familia de la que formamos parte en fraternidad y comunión, y al MCC mismo, en sus personas y estructuras, y en su misión evangelizadora.

1) La referencia trinitaria. Mirada a la Santísima Trinidad

Recordemos la primera concreción que nos señala san Juan Pablo II sobre el ser y el significado de la espiritualidad de la comunión: «Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado»¹².

El misterio de la Santísima Trinidad

El misterio de la Santísima Trinidad es el centro de nuestra fe. Es un misterio que sobrepasa las posibilidades humanas de comprensión, pero Dios mismo ha salido a nuestro encuentro para revelarse, para darse a conocer a través de gestos y palabras como Padre, Hijo y Espíritu Santo, Unidad en la Trinidad, comunión eterna de amor y vida. El Padre da todo al Hijo; el Hijo recibe todo del Padre con agradecimiento, y el Espíritu Santo es como el fruto de este amor recíproco del Padre y del Hijo. Este amor se revela como una inefable comunión de Personas¹³.

Los Padres de la Iglesia en Oriente insistían en que Dios Padre era el Principio de toda cosa y que él no tenía principio. Era el Eterno, la Vida, la Misericordia misma, el Santo, la Realidad. Pero no encerrado en sí mismo, sino que se abre infinitamente a su Hijo eterno. Y este Hijo nos ha hecho partícipes de su condición de Amado del Padre. Así, la paternidad de Dios respecto a nosotros es real, eterna y total, continua y consciente. Es decir, que nada

¹⁰ Cf. SAN JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*, 44.

¹¹ Cf. SAN JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*, 45.

¹² SAN JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*, 43.

¹³ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*; BENEDICTO XVI, *Homilía en la Fiesta de la Santísima Trinidad*, San Marino, 19 de junio de 2011.

poseemos que no proceda de Él. Esta realidad significa que el ser humano es divinizado, porque participa de la vida del Padre. La Buena Nueva del Evangelio consiste en que somos hijos de Dios.

Jesucristo, único Mediador de la relación de Dios Padre con la humanidad. Él participa de la eternidad del Padre, es Uno con Él, sin confundirse con Él. La relación entre ambos es generadora de vida. El misterio de la Encarnación traslada dicha comunicación eterna a nuestra esfera temporal. Contemplar su realidad humana, su cuerpo real, su conocimiento, su voluntad, su amor, su sensibilidad. Contemplar su realidad personal divina, su realidad de Hijo de Dios. Sólo podremos vivir nuestra filiación y desarrollar plenamente nuestra personalidad de hijos de Dios en apertura al Padre y al Hijo.

El Espíritu Santo es la tercera Persona de la Santísima Trinidad: procede del Padre y del Hijo. Si el Padre es el origen, y el Hijo es la revelación, entonces el Espíritu Santo es la comunicación. El Espíritu Santo habita en nosotros, como en un templo, y actúa en nosotros. Con el Padre y el Hijo nos impulsa siempre, pero decimos que actúa Él cuando somos ya conscientes de esta actuación personal suya. A este nivel, se constituye en principio de operaciones, y las obras son movidas por el Espíritu y no según nuestras maneras humanas de actuar. Este es el nivel al cual todo cristiano está llamado.

Este es el misterio fontal y central de la vida cristiana, que debería ocupar la mayor parte de nuestro estudio, de la reflexión y meditación, así como de nuestra oración y contemplación. Considero que, por desgracia, no recibe el espacio suficiente en las programaciones de la catequesis o en los diversos contenidos de formación, y me atrevería a decir que tampoco en la predicación. El misterio de la Santísima Trinidad no tiene la centralidad que le corresponde en la vida de fe de la mayoría de los creyentes. Es un punto que hemos de mejorar a nivel personal y comunitario.

Fundamento de la espiritualidad cristiana

El fundamento de la espiritualidad cristiana es el misterio de la inhabitación trinitaria. El hecho de que Padre, Hijo y Espíritu Santo nos aman tanto, que se constituyen en el principio ontológico y dinámico de vida nueva para nosotros. Por eso es tan importante y necesario mantener una relación personal con cada una de las Personas divinas. Más todavía, todos los elementos de la vida cristiana han de estar referidos a esta relación.

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son el principio de nuestra vida cristiana. Esto debe animar una vida de oración, acogiendo voluntariamente esta presencia interior de Dios; el amor en la Iglesia, la actitud de humildad y el gozo constante por la vida nueva en el Espíritu. Necesitamos un corazón sencillo y una inteligencia humilde, que sepa reconocer la grandeza del amor de Dios, que está presente en nuestras almas por su inmensidad, y nos invita a ser dóciles a los impulsos del Espíritu Santo (cf. Gal 4,4-7; Rm 8,14-15). La acción de la Iglesia Universal será eficaz y auténticamente real si brota de este principio sobrenatural.

Los planteamientos espirituales y pastorales que no están fundamentados en la inhabitación de la Trinidad, son incompletos. Se trata de espiritualidades que, por omisión, por distorsión o por falta de esperanza se olvidan de lo esencial para centrarse casi exclusivamente en los valores éticos del Evangelio sin vincularlos suficientemente a la realidad y a la relación con las Personas divinas. Espiritualidades que tienen el peligro de

caer en voluntarismos de cualquier tipo, en el neopelagianismo o el neognosticismo que señala el Papa Francisco, y que olvidan, en definitiva, la primacía de la gracia en la vida espiritual y en la acción pastoral¹⁴.

Por consiguiente, el crecimiento en la espiritualidad de la comunión no procede de nuestro deseo, de nuestra voluntad, como si dependiera de nosotros al modo de un logro humano; es gracia de Dios que hemos de suplicar, don de Dios y cooperación humana. Por otra parte, sólo se puede vivir en comunión profunda con Dios y con los demás si se mantiene una vida espiritual intensa, que se alimenta en la oración, en la Palabra de Dios y en los sacramentos, particularmente en la Eucaristía. Por último, si la comunión es unión personal con la santísima Trinidad, es preciso mantener viva la relación personal con las Personas divinas.

2) La referencia eclesial comunitaria

Consideramos aquí los otros tres elementos a los que san Juan Pablo II se refiere en el número 43 de NMI, que vienen a ser como consecuencias de la vivencia de la comunión con Dios y con los hermanos, expresiones de esa vida compartida, actitudes con las que se afrontan las relaciones en la familia, el trabajo, el ambiente, la Iglesia.

La primera de esas actitudes hace referencia a la realidad de la Iglesia como Cuerpo de Cristo. La imagen del cuerpo expresa la solidaridad entre los miembros, la necesidad de que cada miembro cumpla su misión específica, la cooperación imprescindible dentro de la unidad del conjunto, «para que así no haya división en el cuerpo, sino que más bien todos los miembros se preocupen por igual unos de otros. Y si un miembro sufre, todos sufren con él; si un miembro es honrado, todos se alegran con él» (1Cor 12,25-26). Así, en la Iglesia, la diversidad de los miembros y la variedad de las funciones no van en perjuicio de la unidad, y tampoco la unidad anula o difumina la multiplicidad y la variedad de los miembros y de sus funciones.

La espiritualidad de comunión comporta ofrecer al hermano una verdadera y profunda amistad. La Sagrada Escritura califica al amigo de tesoro: «Un amigo fiel es poderoso protector; el que lo encuentra halla un tesoro» (Sir 6,14). Nuestro Señor llevó a su plenitud ese amor de amistad cuando nos dijo: «Ya no os llamo siervos, sino amigos» (Jn 15,15). La amistad es amor personal, de benevolencia, limpio y desinteresado, afecto entre personas que se comparte y se fortalece con el trato. Ahora bien, la amistad exige reciprocidad, mutuo conocimiento y comunicación, que los amigos busquen el bien de cada uno, sin ningún otro interés, manteniendo vivas la confianza y la fidelidad, la correspondencia en el intercambio de bienes y una unidad constante.

La amistad será más fuerte desde la unión mutua en Cristo; amando y estrechando los lazos de amistad en Cristo, con Cristo y mediante Cristo; de este modo podrá ir creciendo en amplitud y profundidad. San Pablo VI subrayaba que «una amistad es llevadera, pura y fuerte cuando se fundamenta y se nutre de la sublime comunión de amor que el alma cristiana debe tener con Cristo Jesús»¹⁵. La amistad es un elemento esencial en el MCC. Los iniciadores,

¹⁴ Cf. FRANCISCO, *Gaudete et exultate*, 35-62.

¹⁵ SAN PABLO VI, *Alocución* el 26 de julio de 1978.

además de vivir como amistad su relación con Dios y con los hermanos, descubrieron que la amistad era un camino excelente y privilegiado para el apostolado¹⁶.

La segunda actitud se refiere a ver, acoger y valorar lo que hay de positivo en el otro, como un regalo de Dios para mí. Se trata de estar atentos los unos de los otros, de tomar conciencia de los demás. Desde una mirada de fe estamos llamados a vivir en fraternidad, en familia. Contemplar, acoger y valorar todas las cosas a la luz de la fe. Se trata de mirar a cada persona concreta como nos imaginamos que la mira Dios. La mirada de Dios es la mirada del amor incondicional que se fija en la persona independientemente de sus valores o méritos; es una mirada gratuita de amor eterno, que permanece fiel. Ver a los demás con los ojos de Jesús.

La mirada a Zaqueo reavivó su esperanza, y le llevó a la conversión del corazón. A Pedro fue una mirada apenada, pero sobre todo compasiva, una llamada a levantarse. Para la mujer sorprendida en adulterio significó devolverle su dignidad. La mirada desde la cruz fue de entrega total, de amor y de perdón. La forma como miramos y tratamos a los demás está influida por las expectativas que nos hemos creado sobre ellos; y al mismo tiempo, su progreso suele corresponder a las esperanzas que en ellos depositamos. De ahí que sea tan importante la confianza en las personas, porque de esta manera estamos haciendo una llamada al cambio, a la conversión, a su maduración personal.

Esta es la pedagogía que Nuestro Señor utiliza continuamente con las personas y que está bellamente reflejada en el Evangelio. La podemos resumir de esta manera: Dios nos mira con un amor entrañable e infinito, y respetando nuestra libertad nos llama a la perfección y nos ayuda eficazmente a alcanzarla. Jesús nos lo dirá en el Sermón de la Montaña, que culmina con el ideal máximo de perfección: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48). Es preciso que vivamos el convencimiento pleno de esa llamada en la propia vida y en la de los demás, y fundamentar esa seguridad en la Palabra de Dios: «El Padre celeste nos eligió en Cristo, antes de la creación del mundo, para que fuésemos santos» (Ef 1,4).

Por último, la actitud de dar espacio al hermano llevando la carga de los otros y rechazando las tentaciones egoístas. Dar espacio al otro significa aceptar al otro como es, situarse ante él en el lugar correcto sabiendo medir las distancias con la palabra y la acción oportunas en cada momento; respetar su forma de ser y apoyarle siempre; respetar su libertad y no intentar controlarle; escuchar y ponerse en su lugar para comprender y evitar juicios; no excluir a nadie en función de simpatías y antipatías, de filias y fobias. Es un camino que requiere espíritu de servicio, de sacrificio y de magnanimidad, y para ello hay que poner en práctica el diálogo y el discernimiento.

El papa Francisco nos ofrece unos consejos prácticos que son sencillos y fundamentales a la vez para vivir en familia, en comunidad, para oxigenar las relaciones de cualquier grupo humano. Lo hace en una catequesis en la que presenta una serie de reflexiones sobre la vida cotidiana y real de la familia: «Sobre esta puerta de entrada están escritas tres palabras, que ya he utilizado en la plaza otras veces. Y esas palabras son:

¹⁶ Cf. *IFCC*, 3ª redacción, 193-194.

«permiso», «gracias», «perdón». En efecto, estas palabras abren camino para vivir bien en la familia, para vivir en paz»¹⁷.

Hay que llevar mutuamente la carga de los otros, aceptar al otro como es, dar soporte al otro, conscientes de que el cimiento que mantiene todo el peso del edificio es Cristo. Construir el edificio de la caridad rechazando las tentaciones egoístas que generan competitividad, carrerismo, desconfianza y envidia. El antídoto para vencer esta tentación está en la vivencia de la caridad, del amor cristiano, porque como san Pablo enseña, «el amor es paciente, es benigno; el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» 1Cor 13,4-7).

3) La espiritualidad de comunión en el Movimiento de Cursillos de Cristiandad

Nos sentimos llamados a trabajar para que el Movimiento de Cursillos de Cristiandad sea una auténtica casa y escuela de comunión en el seno de la Iglesia. Es preciso que cada cursillista viva las actitudes que conforman la espiritualidad de comunión; también es necesario impregnar los ámbitos y estructuras del MCC, así como nuestra relación con otras realidades eclesiales, especialmente la inserción en la Iglesia diocesana y universal.

Servicios para la comunión en el Movimiento de Cursillos de Cristiandad

El MCC se organiza con las estructuras necesarias para alcanzar su finalidad propia¹⁸. Se consideran estructuras de servicio a la vida, a la comunión y a la eficacia apostólica. Su misión es mantener la unidad. Dichas estructuras son la Escuela de Dirigentes y el Secretariado, y a nivel internacional los Grupos Internacionales y el Organismo Mundial de Cursillos de Cristiandad. No son estructuras de poder o de control, ni tampoco organigramas fríos. Son instrumentos para facilitar y hacer efectiva la comunión.

El MCC nació en el seno de una Escuela, fruto de la oración, de la reflexión y del trabajo apostólico de los jóvenes de Acción Católica de Mallorca en los años 40 del siglo pasado, de sus consiliarios y dirigentes. La Escuela existe para que se realice la finalidad del MCC, que es la transformación de los ambientes; ayuda a sus miembros en su formación y en la comprensión del carisma del Movimiento, y también impulsa la vida de los Grupos y las Ultreyas.

La Escuela tiene tres dimensiones: Escuela de santidad, de comunión y de formación. En ella se promueve la respuesta generosa a la llamada a la santidad, se proporciona una formación integral a los dirigentes, y se promueve la espiritualidad de la comunión. La primera norma de vida de la Escuela es la comunión: comunión de todos con Cristo y comunión de todos entre sí¹⁹.

¹⁷ FRANCISCO, *Catequesis* en la Audiencia General del 13 de mayo de 2015.

¹⁸ Cf. MOVIMIENTO DE CURSILLOS DE CRISTIANDAD, *Ideas Fundamentales*, 3ª redacción, pp. 316-350. (En adelante *IFCC*, 3ª redacción).

¹⁹ Cf. *IFCC*, 3ª redacción, 326.

Los Secretariados son «los organismos específicos para orientar, coordinar e impulsar al MCC en las realidades diocesanas o nacionales»²⁰. Su función consiste en custodiar la identidad del MCC, manteniendo la fidelidad al carisma, a la mentalidad y finalidad; promover su acción evangelizadora y procurar una integración eficaz del MCC en la vida y en la actividad evangelizadora de la Iglesia²¹. El Secretariado Diocesano ha de contribuir a la unidad del Movimiento y procurar una eficaz inserción en la pastoral diocesana.

El Secretariado Nacional tiene como funciones: dar unidad al MCC, la integración en la pastoral de la Iglesia del país, y fomentar la comunión y unidad del MCC en la Iglesia universal manteniendo la comunicación con los demás Secretariados Nacionales y los Grupos Internacionales²².

El MCC también está organizado a nivel internacional a través de Grupos Internacionales y el Organismo Mundial de Cursillos de Cristiandad. Los Grupos Internacionales promueven la coordinación y la comunión entre los Secretariados Nacionales que componen cada Grupo y con el OMCC; impulsan la reflexión permanente sobre la identidad del MCC y ayudan a la promoción del MCC en los países donde no está implantado o tienen dificultades para su desarrollo²³.

El Organismo Mundial de Cursillos de Cristiandad es el ámbito de participación, coordinación, colaboración y comunión de los Grupos Internacionales, con la finalidad de mantener y desarrollar la unidad del Movimiento a escala global. También le corresponde preservar la identidad y la unidad del MCC, así como reflexionar sobre el papel del MCC a nivel mundial e introducir el MCC en los países en que no esté implantado²⁴.

Espacios para la comunión

Los espacios de comunión propios del MCC son la Reunión de Grupo y la Ultreya²⁵. La Reunión de Grupo es un grupo de amistad que comparte el ser, el hacer y el tener en un clima de libertad y sinceridad. Es el ámbito propicio para compartir, revisar, planificar y ayudarse mutuamente, para vivir la espiritualidad de comunión.

La Ultreya es el encuentro de Reuniones de Grupo, en que se hace visible la comunidad. Es un espacio comunitario y eclesial en el que se comparte la vivencia de lo fundamental cristiano, se crece en la conciencia de Iglesia y se potencia el celo evangelizador. Se compone esencialmente de oración, convivencia y testimonio. Es un lugar de máxima expresión de la comunión eclesial y de la espiritualidad de comunión.

En la comunión de la Iglesia diocesana y de la Iglesia universal

El Concilio Vaticano II habla también de una comunión jerárquica, que deriva de la unidad de consagración y de misión: El Romano Pontífice, como sucesor de Pedro, es el principio y fundamento de unidad de la Iglesia universal. Los Obispos, como sucesores de los

²⁰ *IFCC*, 3ª redacción, 331.

²¹ Cf. *IFCC*, 3ª redacción, 331-335.

²² Cf. *IFCC*, 3ª redacción, 340.

²³ Cf. *IFCC*, 3ª redacción, 342.

²⁴ Cf. *IFCC*, 3ª redacción, 345.

²⁵ Cf. *IFMCC*, 269-280.

Apóstoles, lo son en sus Iglesias particulares, en comunión con el Obispo de Roma²⁶. El MCC es un carisma más en la construcción de la Iglesia y pone a su servicio todos sus recursos en orden a colaborar en la acción evangelizadora y en el crecimiento de la Comunidad eclesial.

Cada Obispo ha de potenciar la participación de todos los miembros del pueblo cristiano en la única misión de la Iglesia. Eso significa la implicación y fructífera colaboración de los sacerdotes, diáconos, miembros de la vida consagrada y fieles laicos²⁷. El MCC se integra en la pastoral diocesana y contribuye desde su carisma propio en los planes pastorales diocesanos, expresión de la vida y misión de la Iglesia local.

Final

El MCC está llamado a ser, en el seno de la Iglesia, casa y escuela de comunión, de santidad y de apostolado. Cada cursillista ha de vivir las actitudes que conforman la espiritualidad de comunión en su relación con los demás, y de la misma espiritualidad se han de impregnar todos los ámbitos y estructuras. Las estructuras de servicio y los ámbitos de comunión han de facilitar verdaderamente las relaciones personales en clima de comunión eclesial. Nos ayudarán en todo momento la oración, el diálogo y el discernimiento, desde una actitud de escucha por parte de todos.

Podemos distinguir algunas líneas de fuerza para la vivir la espiritualidad de la comunión:

- Conciencia clara de que la comunión y la espiritualidad de la comunión son una gracia de Dios que hemos de pedir con humildad de corazón. No se trata de un proyecto o estrategia humana cuyo fruto dependa de nosotros; es sobre todo un don de Dios, al que hemos de aportar nuestra colaboración.
- Sólo es posible desde una profunda vida teológica; una vida de fe, esperanza y amor que se nutre y se sustenta en la oración, en la Palabra de Dios y en los sacramentos, particularmente en la Eucaristía.
- Para llegar a esa profunda vida de fe es preciso mantener viva la relación personal, la “familiaridad” con las Personas divinas: con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo, y la conciencia actual de su presencia continua en nuestra vida.
- Crecer en la conciencia de pertenencia a la Iglesia, de vivir en unidad con el hermano, porque formo parte de la misma realidad, del mismo organismo espiritual. En la comunidad cristiana, en la Diócesis y en la Iglesia Universal. Amar a la Iglesia y defenderla en todo momento.
- Acoger, profundizar y valorar *Ideas Fundamentales* y *El Estatuto del OMCC* como elementos de encuentro, de vida y comunión, que nos unen y facilitan nuestra misión en la Iglesia y en el mundo, nuestra fidelidad al carisma y al método. Esto no es algo aconsejable, sino obligatorio.

²⁶ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium*, 23.

²⁷ Cf. CONGREGACIÓN PARA LOS OBISPOS, *Apostolorum successores*, 58-59.

- El MCC ha de ser casa y escuela de comunión cuyo fundamento sea la verdad, porque la unidad se fundamenta en la verdad, que en última instancia es el mismo Cristo. Sin miedo a profundizar, a estudiar a fondo las fuentes genuinas. Casa y Escuela de formación, comunión y santidad.
- Vivir una amistad profunda y verdadera, como expresión de compartir alegrías y penas; deseos y necesidades; oración, formación y trabajos apostólicos; en definitiva, de compartir la vida entera.
- Contemplar al hermano desde la fe, con una mirada teológica que lleva a la referencia agradecida a Dios y al gozo de considerar como propio lo positivo que tiene, y a potenciar todo lo bueno que hay en él.
- Llevar mutuamente las cargas, superando todo brote de egoísmo, desconfianza y envidia con caridad fraterna, afectiva y efectiva; con la seguridad de no ser enemigos, ni rivales ni competidores; con la certeza de ser hermanos en la fe.
- Tomar a María como Madre y Maestra de unidad. Ella mantuvo unánimes a los apóstoles en la Iglesia naciente y enseña a los discípulos de todos los tiempos a vivir en comunión con Dios y en comunión fraterna.

La vivencia de la comunión eclesial y de la espiritualidad de la comunión es la clave para la misión. Es una condición indispensable para el futuro de la evangelización, de la Iglesia y del MCC. «Como Tú, Padre, en Mí y Yo en Ti, que ellos también sean uno en Nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado» (Jn 17,21). Si no vivimos la unidad, si no somos capaces de vivir en comunión, no podemos ser creíbles en la presentación del mensaje cristiano, por más sublime que sea. Desde este convencimiento, hemos de trabajar incesantemente para hacer verdaderamente del MCC una casa y una escuela de comunión.

¡De Colores!

Querétaro (México), 24 de noviembre de 2018